

CUENTO: "LE PONDREMOS MALVARROSA"

SEUDONIMO: Manu

AUTOR: HUMBERTO BONIZZONI SILVA

PAIS DE ORIGEN: CHILE

PAIS DE RESIDENCIA: CANADA

El bus rojo de la Línea 19 se deslizaba por el asfalto caliente de la avenida. A la derecha, se veía la playa ancha y dorada y el mar azul. A la izquierda, la larga hilera de edificios que enfrentaban el paseo marítimo. El vehículo se detuvo en una parada en la punta norte de la playa. Nuria descendió primero y yo la seguí. Desde la vereda, le hice una seña de despedida al conductor y él me devolvió el saludo con un movimiento de la cabeza.

—Que disfruten el día —me dijo.

Nuria ni siquiera volteó a mirarlo.

Caminamos hacia la arena. El sol del mediodía caía vertical sobre nosotros. En la mano izquierda, yo cargaba la sombrilla y, en la otra, dos esterillas para recostarnos en la arena. Nuria cargaba su gran bolso verde en el hombro derecho. Llevaba una botella de jugo de naranja, un par de sándwiches de atún, un bloqueador solar, mi aparato reproductor de mp3 y la novela que ella había comenzado a leer hacía dos días.

—La lluvia de anoche hizo que refrescara un poco esta mañana —dije.

—Pero ya empezó a picar el sol —Nuria no me miró.

—En la radio dijeron que llegaría a treinta y dos —le sonreí.

—Puede ser.

Nuria no sonrió. Hacía meses que no sonreía. Me miraba lo justo y necesario. Era un fantasma que vivía a mi lado.

Escogimos un espacio entre dos señoras mayores, que eran hermanas y venían cada sábado, igual que nosotros, y un hombre calvo y solitario que acostumbraba leer el diario *El*

País y al que solamente veíamos cada tres o cuatro semanas. Las señoras interrumpieron su animada conversación para saludarnos. Nuria las saludó con la mano, sin sonreír. Clavé la sombrilla en la arena y la abrí. Extendí las esterillas bajo su sombra y me senté sobre una.

Nuria se fue a parar a la orilla y regresó en unos minutos. Se quitó el camisón floreado.

—¿Cómo está el agua? —la miré.

—Sucia. Hay mucha arenilla. Seguro que hubo tormenta mar adentro —ella se ajustó el bikini negro.

—¿Hay algas también?

—Un montón.

—¿Me pones bloqueador en la espalda? —pregunté antes que ella se recostara sobre su esterilla.

Buscó el bloqueador en su bolso y me encremó la espalda. Luego, fue mi turno y recorrí con mis manos su piel suave. Le hice cosquillas en las axilas cuando terminé, pero me miró con desagrado.

—No empieces —me dijo.

Ella tomó su novela y se internó en las complejidades del capítulo seis, mientras yo encendí el reproductor mp3, me coloqué los audífonos y me cubrí la cara con la gorra negra que llevaba puesta. Pronto me olvidé del sonido de las olas al golpear la arena y del graznido interminable de las gaviotas que sobrevolaban la playa.

Dormitaba cuando sentí que la mano de Nuria me golpeaba el pecho. Sorprendido, levanté la gorra de mi cara y la miré. Estaba de rodillas sobre la esterilla y su rostro apuntaba al mar. Con sus manos pegadas a la frente como una visera, le hacía sombra a sus ojos.

—¿Qué miras?

—Allá, al otro lado de las boyas —señaló con el índice derecho.

Me apoyé sobre el brazo izquierdo y levanté el tronco. Nuria no era la única que oteaba el mar. Las señoras mayores, el hombre calvo, un grupo de adolescentes rubios más allá, todos a mi alrededor miraban hacia las aguas. Ajusté las pupilas al reflejo del sol en el mar y distinguí una embarcación a unos trescientos metros de la playa.

—Es una patera —me dijo.

—Imposible, mujer.

—¿Ves esas sombras a bordo? Son personas.

—Las pateras no llegan tan al norte —le dije y eché el cuerpo hacia atrás para seguir dormitando con un gesto de fastidio en la cara por haberme despertado.

—Te digo que es una patera —ella insistió.

—No puede ser. Las pateras llegan a Andalucía, no sé, Tarifa, Málaga, incluso Alicante, pero acá estamos muy al norte.

—Hay algunas que han llegado a Mallorca y eso está más lejos aún de África.

—Pero eso fue un caso aislado. Una o dos pateras nomás —le expliqué.

—Pues no sé, coño, pero ésta es una patera —dijo sin despegar los ojos de las aguas.

Me recosté sobre el brazo izquierdo nuevamente y observé la embarcación. Era negra y alargada. Venía cargada a tope.

A medida que la embarcación se acercó a la costa, los veraneantes se levantaron de sus lugares. Apuntaban hacia el mar, hacían comentarios en voz alta, algunos sacaron sus teléfonos celulares y grabaron la escena. Alguien llamó a la policía. Los más curiosos se acercaron al agua para observar mejor. Los que paseaban por la orilla, se detuvieron, y los niños dejaron de lado sus paletas y castillos de arena.

Cuando la embarcación estaba a unos cien metros de la arena, no me quedaron dudas. La patera cargaba unas treinta, quizás cuarenta personas. Ayudada por las olas y un humilde motor fuera de borda, la patera alcanzó la playa, cerca de donde estábamos, como una

pequeña ballena oscura escupida sin asco por el mar. Algunos curiosos debieron hacerse a un lado para no ser golpeados por el cetáceo de madera.

Apenas tocaron tierra, algunos tripulantes levantaron los brazos al cielo en señal de victoria y lanzaron gritos de júbilo. Alguien gritó "*allahu akbar*". Una veintena de hombres saltó a tierra. Algunos caían de pie, otros perdían el equilibrio y aterrizaban de rodillas. Se empujaban, se levantaban. Eran jóvenes, delgados, negros. Llevaban chaquetas livianas y algunos cargaban pequeñas mochilas en la espalda. Seguro que con comida o agua. Tan pronto hicieron pie, se echaron a correr rumbo a la avenida, dando vítores de alegría. Al principio, hubo algo de miedo entre los veraneantes, quizás pensaron que les robarían sus pertenencias. Pero los jóvenes solo corrieron sin molestar a nadie ni pedir nada.

—¡Madre mía! ¡Mírenlos correr a esos pobrecillos! —dijo una de las señoras mayores, que se tomaba la cabeza incrédula.

Nuria se puso de pie y yo también. Me paré junto a ella.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? —la miré.

—Qué se yo. Quizás la tormenta de anoche hizo que se desviarán.

Los veraneantes se acercaron a la patera con la curiosidad pintada en sus caras. Los más fuertes ayudaron a jalarla hacia tierra para que el oleaje no se la volviera a llevar mar adentro. Asomaron sus cabezas sobre los costados de madera y observaron a una decena de personas dentro de la embarcación. Eran los más débiles. Los que no podían correr.

Nuria lanzó el libro sobre la esterilla y caminó hacia la patera. Yo la seguí. Nos abrimos paso entre los curiosos. La patera tenía un poco de agua en el fondo, algunos bidones plásticos vacíos para trasladar combustible y un olor insoportable a pescado rancio.

Los veraneantes estiraban sus brazos hacia los tripulantes para ayudarlos a descender, mientras batallaban con el oleaje.

—¡Dame la mano, chaval! —gritó un hombre gordo sin polera al africano que encontró más cerca.

Dos hombres levantaron en vilo a una mujer que sostenía un bulto entre sus brazos. Era un bebé arropado en una frazada roja. Yo los ayudé, mientras Nuria tomaba con cuidado el bulto de entre las manos de la mujer. La recostamos sobre una toalla multicolor que una joven rubia estiró a unos quince metros de la embarcación. La mirada de la africana buscó con preocupación a su bebé entre los socorristas. Nuria puso el bulto de vuelta en el regazo de la mujer.

—Tranquila, aquí está tu bebé —dijo Nuria con los ojos inundados de lágrimas.

Luego, me miró e hizo un movimiento negativo con la cabeza.

Un hombre de gafas negras trajo una botella plástica con agua y le dio un sorbo a la mujer africana, que bebió con dificultad. La mujer dijo algo en francés.

La miramos sin comprender.

—Dice que hace tres días que no comen —explicó Nuria, que había vivido dos años en el sur de Francia.

—¿Habla francés? Dígale que ya viene ayuda en camino —le pidió el hombre de gafas negras.

Nuria obedeció.

—*Où sommes-nous? Comment s'appelle cette plage?* —dijo la africana.

Miramos a Nuria.

—Quiere saber cómo se llama este playa —nos dijo.

Solo guardamos silencio.

—*Cette plage s'appelle Malvarrosa* —Nuria le explicó.

—*Malvarrosa? C'est un beau nom* —la mujer miró de reojo a la pequeña—. *Ma fille n'a toujours pas de nom. Elle sera appelée Malvarrosa.*

—Dice que la pequeña no tiene nombre y que le pondrá Malvarrosa —Nuria no podía contener las lágrimas.

—Es un bonito nombre —dijo el de las gafas negras, aunque la mujer no le entendió.

Pronto llegaron policías y paramédicos a socorrer a la decena de africanos que yacían sobre la arena. Los policías acordonaron el área y alejaron a los curiosos, algunos de los cuales seguían grabando la escena con sus teléfonos celulares.

Nuria y yo regresamos a nuestras esterillas. Ella no paraba de sollozar. Intenté pasar mi brazo por sobre su hombro, pero me rechazó con la mano.

—El bebé estaba muerto, pero la mujer no se daba cuenta —me dijo.

Yo bajé la mirada sin decir nada.

Al cabo de un rato, recogimos nuestras cosas y nos encaminamos hacia la avenida. Media docena de ambulancias y automóviles policiales habían llegado al lugar. Avanzamos una calle hacia el sur para alejarnos del sitio y nos sentamos en la banca de la parada a esperar que viniera el número 19.

Nuria miraba fijamente hacia la playa y sollozaba.

—Si quieres, podemos intentarlo otra vez —le dije—. El lunes llamaré a la clínica de fertilización y les pediré una cita con el doctor Tobeñas.

Nuria dejó caer su bolso verde al suelo y echó sus brazos alrededor de mi cuello. Se puso a llorar con toda el alma y sus lágrimas me humedecieron el cuello.

—Le pondremos Malvarrosa —balbuceó.
